



Presentación

LA CONCIENCIA

José Luis Díaz
(editor huésped)

Después de décadas de haber sido marginada de la investigación, a partir de los años noventa del siglo pasado la conciencia ha regresado a la palestra de las ciencias y la filosofía, impulsada en buena medida por la llamada *ciencia cognitiva*, esa conjunción transdisciplinaria de ciencias del cómputo y de la información, ciencias de la conducta y del lenguaje, ciencias del cerebro y filosofía de la mente.

El encuentro –para no llamarle encontronazo– de especialistas y paradigmas tan diversos ha engendrado una intensa polémica en torno a la mente consciente, a la definición de conciencia, los métodos para su estudio, los modelos de su estructura, y sus implicaciones filosóficas, tanto epistemológicas como ontológicas. Existen aún resabios de escepticismo sobre la posibilidad de abordar el tema con el rigor y la formalidad que demanda el método científico, pero el hecho es que muchos investigadores y teóricos de diversas disciplinas lo llevan a cabo cada vez con mayor esmero y verosimilitud, haciéndose eco del admonitorio refrán “muchacha ciencia es locura si buen seso no la cura”.

El tema de la conciencia constituye un caso muy peculiar de la investigación científica, pues se trata de abordar al sujeto cognoscente, a la subjetividad misma, a la entidad o proceso que constituyen las capacidades de observación que se ejercen no sólo en la vida diaria, sino sistemáticamente en la ciencia empírica. Los

más severos han alegado que, entre otras cosas, una investigación de la conciencia necesitaría hacer objetivo lo subjetivo, unificar las perspectivas en tercera y primera persona o develar y revelar lo más íntimo y personal, como son los contenidos de la mente, y el problema de la cualidad, como qué se siente tener un dolor o una emoción. Aunque estas cuestiones constituyen aspectos metodológicos difíciles y aun ásperos de la pretensión de traer la conciencia al campo de la investigación y naturalizarla, el programa actual pretende deslindar los requerimientos razonables de los excesivos, para ir precisando un lugar para la conciencia en el mundo natural y en el conjunto de las ciencias.

En nuestro país se ha dejado sentir el desarrollo de este impulso de varias formas, y de ello dan fe varias publicaciones recientes. En 2007, el Fondo de Cultura Económica publicó *La conciencia viviente*, libro que agrupaba artículos y ensayos míos elaborados desde 1995 sobre diversos aspectos de la conciencia, en particular sobre los obstáculos y requisitos metodológicos para estudiarla; la necesidad de una teoría monista compatible con el resto de la ciencia pero que asuma e incorpore los aspectos fenomenológicos, es decir subjetivos, de la conciencia; las teorías de sus bases neurológicas, y la necesidad de agregar el estudio del comportamiento y de las variables sociales y culturales, incluidas las nociones de tradiciones milenarias como el budismo.

En marzo de 2008, y a instancias de Juliana González, investigadora emérita de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), un grupo de colegas de muy diferentes especialidades se reunieron a discutir este libro. Varios de los comentarios fueron aportaciones sustanciales a la discusión sobre la conciencia y de allí surgió la idea de realizar una sección temática para la revista *Ciencia*, que ahora llega a convertirse en realidad.

Los seis trabajos que aquí se presentan se conforman desde las dos corrientes principales de análisis del fenómeno consciente: la primera proveniente de las ciencias humanas y sociales, y la segunda de las ciencias biológicas y de las neurociencias. Indudablemente éstas son las dos grandes columnas sobre las que se edifica la investigación moderna de la conciencia, para cuya firme edificación es requisito tan indispensable como peliagudo tender puentes comunicantes entre ambas.

Los primeros tres trabajos son aportaciones de las ciencias sociales y humanas. En la primera de ellas, Atocha Aliseda, filósofa de la ciencia, analiza el problema metodológico de la conciencia. Con base en varios filósofos de la ciencia, en particular Lakatos, propone que más que una teoría unificada y lúcida de la conciencia, que por ahora es poco probable, conviene coordinar los diferentes programas de investigación de las distintas disciplinas que la abordan bajo una noción rectora general, como es la idea de que la conciencia es una integración de funciones biológicas, psicológicas y sociales.

El segundo trabajo es de la ya mencionada Juliana González, quien se aboca a analizar las implicaciones éticas del abordaje contemporáneo de la conciencia, en especial a través de una penetrante discusión de *La conciencia viviente*. De ella deriva la noción de una neuroética formada no sólo por las decisiones morales emanadas de las neurociencias básicas y clínicas, sino por la intrínseca dimensión ética de la función cerebral superior que subyace a la autoconciencia.

En tercer lugar Roger Bartra, antropólogo e investigador emérito del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, hace un análisis de la necesidad y el reto de unificar la información consciente del cerebro con la red de elementos simbólicos propios de la cultura, y que en su audaz propuesta funcionan como una asa exterior o prótesis social de la conciencia con su asa interior y subjetiva.

En consecuente liga con la propuesta de Bartra, en el siguiente ensayo me refiero también al enigma de *la triple ce*, es decir, la coordinación cerebro, conciencia y cultura desde la perspectiva de la neurociencia. En este trabajo analizo, en particular, la idea de que la conciencia emerge como un aspecto subjetivo con la función cerebral del mayor nivel de integración, es decir, de la actividad



intermodular, la cual se compara con la dinámica unificada que presentan los enjambres y las parvadas. Se subraya que el sistema emergente propio de la conciencia es un *sistema psicofísico*, es decir, que por su elevada complejidad un sistema intermodular neural y dinámico adquiere un aspecto subjetivo y fenomenológico, que es la conciencia misma: aquello que sentimos, percibimos, pensamos, creemos, imaginamos, queremos, intentamos o maniobramos.

Finalmente, los dos últimos trabajos son de neurocientíficos interesados en cuestiones teóricas que abordan las bases cerebrales de la autoconciencia con la idea de que constituyen el huidizo concepto del “yo” como instancia ejecutiva e irreductible de la persona humana. El neurofisiólogo Francisco Pellicer diserta sobre la necesidad de cualquier organismo de reconocer sus límites y diferenciarlos del medio para establecer el andamiaje primitivo del “yo”, y ejemplifica su caso con la visión, que es capaz de reconstruir el mundo cromático y tridimensional para el sujeto no sólo en la percepción del mundo, sino en la formación de un modelo de la realidad en el que intervienen además la memoria, la imaginación y otros sistemas sensoriales.

El último artículo, de Israel Grande, neuropsicólogo y candidato a doctor en filosofía de la ciencia cognitiva, enfoca el mismo problema de la autoconciencia desde el sistema motor, pues el comportamiento dirigido y la percepción de uno mismo implican a sistemas sensitivo-motores de *automonitorización* que se alteran en algunos padecimientos mentales como la esquizofrenia.

En los últimos dos trabajos queda claro que la autoconciencia no se crea de la nada a partir de la evolución de los homínidos, sino que preexiste en los sistemas de autodiferenciación y reconocimiento de límites de los organismos, y se desarrolla arduamente a todo lo largo de la evolución biológica.

En conjunto, los trabajos aquí presentados nos colocan ante un novel escenario que ubica a la conciencia no sólo en una profundidad casi inabismable del cerebro, sino que se especifica en ese surtido torrente de información simbólica que ocurre entre sujeto y mundo, lo cual la hace más accesible a la ciencia.

